

El anciano, cogiéndola de la mano:

—Huyamos de esta casa maldita. ¡Que el extranjero no culpe á nadie por lo que le ha sucedido!

Así lo hicieron, y apenas habian trascurrido dos minutos despues de su salida, cuando espiró el escribano Barbadillo.

De esta manera pagó un momento de obcecacion, de estravío, el que durante tantos años habia sido un modelo de honradez, de virtud, de buen juicio.

Capítulo LXVIII.

Intrigas palaciegas

Ya sabemos que Pánfilo de Narvaez y su mujer, al mismo tiempo que trabajaban para formar una escuadra y obtener del rey la vènia para ir á descubrir tierras en el Nuevo Mundo, intrigaban con los enemigos de Cortés para que el rey le destituyese.

Hallábase el monarca á la sazón en Toledo, y el señor Chievres, aprovechando un momento favorable, le habló en estos términos:

—Aunque tengo repetidas pruebas de la confianza con me honra vuestra majestad, aunque en más de una ocasion me ha hecho la justicia de reconocer la lealtad que me preside á todas mis indicaciones, quisiera oír una vez más de vuestros reales lábios que

estais convencido de mi sincera adhesion, de que al manifestaros mi humilde opinion sobre los graves asuntos del Estado, obro impulsado únicamente por el deseo que me anima de que se engrandezca cada vez más esta nacion bajo el feliz reinado de vuestra majestad.

—Jamás he dudado de tí. Pero ¿á qué viene ese empreámulo? ¿Qué nuevas vas á comunicarme cuando tales precauciones tomas antes de explanarlas?

El señor de Chievres, que dominaba por completo al rey, afectando un terrible pesar:

—Difícil es,—añadió,—la situacion en que me encuentro en este instante. Mi conciencia me aconseja que trasmita á vuestra majestad las noticias que tengo de las Indias; mi respeto me obliga á enmudecer, porque mis palabras podrian aparecer apasionadas, inspiradas por el odio ó por la envidia.

—Pero ¿qué ocurre?

Como si hiciera un violento esfuerzo, continuó el astuto enemigo del héroe de nuestra historia:

—Uno de los soldados que vinieron en la última expedicion, y que no ha querido regresar de nuevo á las Indias, me hizo conocer hace pocos dias el verdadero estado de aquellos países. La ambicion de Cortés ha empeñado á nuestros valientes hermanos en estériles y desastrosas luchas. Los mejicanos empiezan á romper el yugo que les sujeta, y todo hace creer que ese nuevo florón de vuestra real corona será un solo recuerdo de pasada grandeza.

El rey, que era muy avaro y que además veía

con pena que el tesoro se hallaba poco ménos que exhausto por la guerra qua sostenia con Flandes:

—¿Es decir,—añadió,—que tendré que renunciar á las legítimas esperanzas que habia concebido?

—Afortunadamente, aun es tiempo de remediar los desaciertos cometidos por Hernan Cortés.

—¿Y qué debemos hacer para eso?

Chievres, jugando el todo por el todo:

—A mi juicio,—prosiguió,—no queda otro arbitrio que destituir á Cortés.

—Me parece violenta esa medida; porque podria ocasionar graves conflictos. Esperemos algunos dias á ver si se reciben noticias de las Indias.

—Con razon temia yo que habian de causar disgusto á vuestra majestad mis leales consejos.

—No tal; por el contrario, los creo muy razonables, por más que me parezca que no ha llegado el momento de ponerlos en práctica. Repito que debemos esperar noticias de Hernan Cortés para obrar con pleno conocimiento de causa.

El irreconciliable enemigo del ilustre conquistador, que sabia que se interceptaban todos los pliegos que venian de las Indias, añadió:

—Sensible seria perder tiempo, porque la verdad es que Hernan Cortés, sin duda por no trasmitir malas nuevas, se ha encerrado en el más profundo silencio.

—Si dentro de ocho dias á lo sumo no recibo ningun pliego, se hará lo que me habeis indicado.

Chievres se retiró de la régia cámara.

Inmediatamente envió á Pánfilo de Narvaez el resultado de sus gestiones con un hombre de toda su confianza.

El emisario se puso en camino, y pocos dias despues llegó á Madrid, yendo á parar á una posada que habia junto á la puerta de Guadalajara, próxima al sitio que hoy ocupa la calle llamada de Milaneses.

—A la paz de Dios,—dijo penetrando en la cocina.

Este saludo fué contestado por cuatro hombres que habia sentados al rededor del hogar.

—Háganme vuesa merced un ladito, que por esos caminos corre un cierzo que hace que se hielen las palabras.

—Con alma y vida,—dijo uno.

—Además tomad un trago, que esto os confortará algun tanto.

Así lo hizo, en efecto, y cuando terminó, despues de saborear largo rato aquel líquido:

—¡Caramba y que bien calienta! Apostaría cualquiera cosa á que sois asiduos concurrentes á esta casa; de lo contrario no os darian un vinillo tan puro.

—Maese Remolacha, venga otro jarro, que este va dando ya las boqueadas.

Y contestando á la indicacion al recién llegado:

—Efectivamente que aquí concurrimos con frecuencia. Tres de nosotros hemos estado en las Indias, y nos complacemos en recordar las aventuras que hemos corrido.

—¿Y á las órdenes de quién habeis peleado en aquellas remotas tierras?

—A las del más esforzado caudillo que cuenta España.

—Mucho decir es eso.

—Si habeis oido hablar de Hernan Cortés, comprendereit que no es exagerado lo que digo.

—¿A caso es una empresa vulgar,—añadió otro,—salir triunfante peleando contra hordas salvajes y tan numerosas?

—Sí, pero carecian de disciplina, no tenian conocimiento alguno del arte de la guerra.

—Estais en un error; y la prueba es, que se apoderaban de los mejores puntos estratégicos para hostilizarnos con ménos riesgo.

—Pues desengañaos, que si así hubiera sido no se habrian conseguido esas victorias tan decantadas.

—¿Sabeis que voy sospechando que pertenecis á esa camarilla de miserables que tratan de amenguar en España la gloria de nuestro ilustre caudillo?

—Decid más bien que no soy de los tontos que dan crédito á las exageraciones que cuentan sus apasionados. Y en verdad que no comprendo cómo puede tenerlos un hombre tan ambicioso, tan soberbio como él.

Uno de los que habian peleado á las órdenes de Cortes lanzó al que habia pronunciado estas palabras una mirada amenazadora.

Sus compañeros que lo advirtieron:

—No le hagais caso; se conoce que ha perdido el juicio. Sin duda el vinillo se le ha subido á la cabeza.

—Necesito yo una gotita más para que eso suceda. No tengo que esforzarme mucho para convenceros de que el caudillo adolece de los defectos que os he dicho: vosotros sois un testimonio de ello.

—¿Por qué?

Si era tan bueno, tan valiente, ¿cómo le habeis abandonado?

—Porque yo tenia una madre anciana que reclamaba mis auxilios,—exclamó uno.

—Porque yo deseaba abrazar á mis hijos, de quien me habia separado por servir á mi patria,—dijo otro.

—No deis satisfacciones á ese necio,—repuso el tercero:—los cobardes que jamás han salido de la tierra que les vió nacer, no pueden comprender lo que se siente cuando se lleva mucho tiempo fuera de su país.

—Tened la lengua, porque jamás he consentido que nadie me insulte impunemente.

—Repito lo que he dicho: sólo los miserables, los cobardes, no pueden comprender las acciones heroicas.

La escena hubiera terminado de una manera borrascosa sin la oportuna llegada de Fray Pedro Melgarejo.

Tendria el recién llegado unos cuarenta años,

y en su fisonomía se revelaba una bondad sin límites y una verdadera pasión por el estudio.

Con evangélica calma:

—Vamos, amigos míos, no hay que reñir. Entre camaradas no debe haber disputas, y mucho ménos venir á las manos. ¿Qué ha sido ello? Contadmelo, que yo daré la razón á quien la tenga para que terminen estas diferencias.

—Figuraos,—dijo uno de los amigos de Cortés, que ese hombre se ha permitido insultar al ilustre caudillo, que tanta honra ha adquirido para España, poner en duda su valor, dudar de sus hazañas.

—La agresión ha sido de parte de ellos,—dijo el emisario de Chievres;—me han llamado cobarde, miserable, y yo no consiento que nadie me insulte.

—El hombre es por naturaleza soberbio,—dijo el venerable religioso,—y el demonio se complace en fomentar esta pasión. Pero vosotros, hijos míos, que sois buenos, debeis olvidar lo que ha pasado. ¿Por tan fútiles pretextos vais á romper una amistad, tal vez antigua?

—Es la primera vez que nos hemos visto, y por mi parte lo he sentido en el alma,—dijo uno de los que defendian á Cortés.

—Pues lo que es yo, podeis estar seguro,—añadió el de Chievres,—que aunque viva más años que un camello no volveré á cruzar mi palabra con la vuestra.

Fray Pedro de Melgarejo se convenció de que cuanto hiciera para conseguir restablecer la paz seria

inútil, y para prevenir cualquier disgusto, si de las palabras pasaban á las obras:

—Vos,— dijo, dirigiéndose al emisario,—vais á veniros á mi cuarto.

—Gracias, padre; pero no temais. A mí no me asustan las baladronadas.

—De todos modos, el sagrado ministerio que ejerzo me hace insistir en mi demanda. Representante de un Dios de paz y bondad, no puedo consentir, pudiendo evitarlo, que se exacerben las malas pasiones.

Su interlocutor obedeció.

Un momento despues salia el fraile y penetraba en el aposento que le habia designado el posadero para pasar la noche.

El padre Melgarejo deseaba saber, por razones que conoceremos á su tiempo, quién era el que tan rudamente habia atacado á Hernan Cortés.

Con su claro talento no tardó en conseguirlo, porque el emisario de Chievres, viendo que le daba la razon, se franqueó con él, y hasta le dijo la comision que iba á desempeñar cerca de Pánfilo de Narvaez.

Fray Pedro no quiso saber más.

Apenas amaneció, pagó al posadero, y sin desperdiciar á su compañero de cuarto, que dormia á pierna suelta, se dirigió á Toledo.

¿Quién era fray Pedro de Melgarejo?

Vamos á saberlo en capítulo aparte.

Capítulo LXIX.

Fray Pedro de Melgarejo.

En la época en que le presentamos á nuestros lectores, era confesor del duque de Béjar, personaje de gran influencia cerca del emperador Carlos V.

Pero digamos algo de sus primeros años.

Habia nacido en Medellin, y por consiguiente conocia á Cortés, con quien habia pasado la niñez.

Cuando Pedro apenas contaba seis años, murió su padre, dejándole en la mayor miseria.

Difícil hubiera sido á su desgraciada madre atender á su manutencion, á no ser por los auxilios de don Martin y doña Catalina, padres de Hernan Cortés.

Nueve años despues murió tambien la madre de Pedro, y el huérfano, que habia comenzado á esta-

diar bajo la direccion de un fraile algo pariente suyo, abrazó la vida del cláustro.

Jamás olvidó los beneficios que debía á los padres de Cortés, y respecto á este sentia un verdadero cariño hácia él.

Conocia su talento, y adivinaba que le estaba reservado un porvenir glorioso.

Aunque Cortés, dominado por las ideas ambiciosas que constituian su existencia, se alejó de todos sus amigos, fray Pedro le guardaba siempre un entrañable afecto.

Hemos dicho antes que era confesor del duque de Béjar, y ahora añadiremos que á sus virtudes debía esta distincion.

Aunque el duque tenia más edad que él, le consideraba y le respetaba.

El buen religioso pasaba gran parte del dia en casa de aquel magnate, llegando á inspirarle una ilimitada confianza.

Hay que tener en cuenta que el duque de Béjar no era uno de esos caracteres impresionables que simpatizan con cualquiera del mismo modo que se cansan de su amistad.

Hombre de claro talento, de instruccion nada vulgar, podia considerarse como excepcion de los grandes de su época.

Aunque de muy ilustre alcurnia, no desdeñaba la ocasion de hablar con sus pecheros y colonos, y dicho se está que todos le adoraban.

Contribuian poderosamente al aprecio general los

sentimientos generosos que diferentes veces habia demostrado.

Se retiraba un dia á su casa el bondadoso duque, cuando una jóven de color macilento, con todas las huellas de la miseria pintadas en su semblante:

—Señor, una limosna por Dios para mi hijo enfermo,—exclamó.

El duque la socorrió y le dió las señas de su casa; con objeto de saber las causas que le habian conducido á tan triste situacion, por si podia remediarla.

Al dia siguiente se presentó la infeliz madre, llevando en sus brazos á un niño como de dos años, enfermizo, calenturiento, demacrado.

Hizo ademán de arrodillarse para besar la mano á su protector; pero el duque con acento cariñoso:

—Sentaos y contadme la historia de vuestra vida,—dijo.

—Es tan dolorosa,—exclamó la pobre madre despues de exhalar un triste gemido,—que á no ser por no dejar desamparado á este ángel, hubiese puesto término á ella.

—¿Por lo que adivino sois viuda?

—¡Así lo fuera!

—¿Segun eso, vuestro marido os ha abandonado?

Un vivo carmin tiñó las mejillas de su interlocutora.

Quiso hablar, pero las palabras se helaron en sus lábios.

—¡La historia de siempre!—dijo el duque con acento de conmiseracion.—Un hombre infame hace

creer á una débil mujer que está verdaderamente apasionado, que arrostrará los mayores sacrificios por obtener su cariño; la mujer, toda corazón, dá crédito á sus falaces palabras, y un momento de extravío le cuesta despues una eternidad de vergüenza y de lágrimas.

Pero al ver que sus palabras hacian derramar abundoso llanto á la jóven:

—Vamos, calmaos, que ó poco he de poder, ó he de conseguir que ese desnaturalizado padre cumpla los deberes que ha contraido al abusar de vuestra inocencia.

—¡Oh! ¡Mi vida será poca para pagaros tantos beneficios! No podeis figuraros lo que os agradeceré poder ofrecer un apellido á mi hijo, para que el dia de mañana no tenga que avergonzarse de su desgraciada madre.

El duque de Béjar fué en persona á conferenciar con el seductor, le hizo ver lo inicuo de su conducta, y apelando al sentimiento de padre, logró que santificase aquel lazo por medio del matrimonio.

No contento aún con lo que habia hecho, les dió por via de regalo de boda una tierrecita, con cuyos productos podian atender al sostén de sus obligaciones.

Los ancianos, los desvalidos hallaban siempre en él un protector generoso, y de aquí el respeto, el cariño, la veneracion que todos le profesaban.

Pero la bondad de sus sentimientos contrastaba notablemente con la entereza de carácter.

Incapaz de doblegarse por nada ni por nadie, no conocia el lenguaje de la adulacion; y cuando el rey le pedia consejo le manifestaba con franqueza su modo de pensar, por más que muchas veces sus ideas estuviesen en abierta contradiccion con la del monarca.

Este le respetaba, porque admiraba su independencia, por más que le contrariase la frecuencia con que vituperaba sus resoluciones.

Don Alvaro de Zúñiga, que así se llamaba el duque de Béjar, habia quedado viudo á los pocos dias de dar á luz su esposa una hermosa niña, á quien se bautizó con el nombre de Blanca.

No hay para qué decir que todo el cariño de don Alvaro se concentró en el fruto de su amor.

En la época en que presentamos en escena á estos personajes, tendria Blanca unos diez y nueve años.

Era rubia, lo que daba á su fisonomía una encantadora dulzura; pero la sonrisa de desden que constantemente se notaba en sus lábios, y la fijeza de su mirada, modificaban su fisonomía, dándole un tinte varonil. La verdad es que su hermosura llamaba la atencion de los más apuestos donceles, lo que lisonjeaba en extremo al autor de sus dias, porque como padre cariñoso, deseaba para su hija un buen esposo.

Los descendientes de las familias más ilustres de España, los hijos de las más opulentas casas, oyeron por toda respuesta á sus declaraciones de amor, palabras que revelaban que no eran ellos la realizacion

del esposo que en sueños había visto la desdeñosa jóven.

Indudablemente su imaginacion le presentaba un tipo que en nada se parecía á ninguno de los que habían acudido á pedir su mano.

El último que sufrió los rigores de la bella Blanca, fué un gallardo mancebo, descendiente por línea recta de Cid Rodrigo de Vivar, el célebre guerrero á quien vulgarmente se conoce por el Cid Campeador.

Su marcial apostura, la fama de sus conquistas amorosas, el valor que en varias ocasiones había desplegado para deshacerse de sus rivales le habían dado una nombradía tal entre las damas, gozaba entre ellas de tal prestigio, que una mirada suya, bastaba para rendirlas, para fascinarlas, aun á las ménos impresionables.

Fácilmente comprenderán nuestros lectores lo que sufriria su amor propio al verse desdeñado por la hija de don Alvaro.

—¡Oh! Yo juro á esta tontuela que el haberme despreciado ha de ser causa de que se quede para vestir imágenes.

Y persistiendo en esto, empezó á difundir la idea, entre todos los jóvenes que aspiraban á ser correspondidos por Blanca, de que era una mujer sin corazón, incapaz de abrigar en su pecho el dulce sentimiento del amor; que bajo su aspecto angelical ocultaba el veneno de un aspid, y otras frases por el estilo, lo que viene á probar que el diccionario de los

amantes desdeñados no se ha enriquecido desde entonces con una sola palabra.

No se sabe á punto fijo si este complot llegaría á oídos del duque de Béjar; pero lo cierto es que uno de los días que fué á visitarle su confesor y amigo fray Pedro Melgarejo, se expresó con él en estos términos: